



HAY QUE FORZAR EL TECHO

Bigotudo, con jersey de cuello alto, el «progre» principal del comando confesó abiertamente, en la madrugada conspiradora de cigarrillos y copas de coñac:

—No tenemos más remedio que forzar el techo. Aunque no nos dejen. Si no, nos vamos todos al c...

Los que asistían a la reunión nocturna asintieron. Al rato, después de un largo silencio, alguien preguntó:

—De acuerdo en forzar el techo. Pero, ¿cómo lo forzamos, si nos puede costar un disgusto?

—¿Y no estás dispuesto? Entonces no eres consecuente con tus ideas, eres anti-testimonio.

Y así siguieron.

A la mañana siguiente, forzaron el techo. Por fortuna, no los metieron en la cárcel.

Y es que con la facilidad de las chicas en la fiesta nocturna, con el coñac y con el humo de los cigarrillos, se habían dejado dentro del bungalow las llaves y no había otra forma de entrar a dormir la tranca. Menos mal que como se trataba de un bungalow prefabricado, no fue difícil forzar el techo por la chimenea para que uno se descolgara y pudiera abrir desde dentro.

COCO



DESDE ROMA CON ELEUTERIO

ROMA, 13. (Crónica telefónica de nuestro corresponsal).—Acabo de pasar la primavera romana con la señora Stone (que, por cierto, ya no está tan mona como en años anteriores), y allí, en Roma, cuando me disponía a comerme unos magníficos «spaghetti a la vóngole», en una pequeña Trattoria de la Piazza Navona al caer la noche, se sentó un desconocido —con pinta de haber estado corriendo toda su vida—, en compañía de otros dos, igualmente desconocidos, en una mesa próxima. La paz en aquellas horas era enorme; tan sólo el silencio se sentía agrietado de vez en cuando con el arrullo de las palomas y con los gemidos antojadizos de las norteamericanas, que se dejaban seducir bajo los arcos de la inmortal plaza. El calor, de aupa, era lo único agobiante, y como intuí que aquellos tres individuos eran españoles, me dirigí al más recio, el que después me diría que se llamaba Eleuterio.

—Hace un calor insoportable, ¿verdad?

—Nada comparado al que está haciendo en Alcalá de Guadaíra —me contestó—.

—¡Ah, ¿es que usted es de allí?

—No comment —me repuso de nuevo con un inglés de Eaton.

Por lo visto, mis tres vecinos de restaurante no tenían mucha intención de mantener una larga conversación. Pero como yo veía algo de misterioso en sus rostros, les pregunté que si les gustaba Italia y que desde cuando andaban haciendo turismo. «Desde febrero», me anunció uno, cuyo nombre no recuerdo, pero

que tenía un paralelismo fonético con el de la Lolobrigida. Y otro, el más arisco, cuyo nombre también tenía algo que ver con el del actor cómico Totó, me dijo que era malo hacer tantas preguntas, y que anduviese con cuidado no se me fueran a indigestar los «spaghetti». Tras esta aproximación mía, en busca de entablar un diálogo amistoso con los tres extraños y de fracasar, me quedé callado como un sordomudo. Pero no transcurrió mucho tiempo hasta que Eleuterio inquirió:

—Por casualidad, ¿usted sabe quién ganó la final de Copa, el Valencia o el Atlético? ... Es que hace tanto tiempo que no estamos en España...

—Dos a uno el Atlético —le informé—.

Y le dije quién había metido los goles y cuál había sido el comportamiento del árbitro.

Eso, no sé por qué, nos hizo casi fraternales compañeros. Hablamos desde entonces hasta que llegó la del alba, y cada cual se fue por su lado. Le dí mis señas a Eleuterio para que me mandase postales, pues, según me comunicó él y sus acompañantes, se disponían a recorrer Europa de punta a punta. Finalmente le animé a que me fuera a ver a mi casa de Marbella. Pero se negó en rotundo, alegando que precisamente en Marbella tenía diez o doce letras protestadas. Y cada cual se fue por su lado. Yo a comunicar esta crónica, y ellos a seguir viviendo. Por hoy, nada más. Desde Roma con Eleuterio.

EL CORSO

